Cosas del Ego

alteryego

Capítulo 1Me invitas a soñarte y, obediente, permito que acudas a mi noche para llenarla de colores vivos, cálidos, calientes.

De sabor mojado y letras concatenadas para formar gemidos.
De miradas que se aprenden.

Me llenas la noche con aromas limpios y sudados.

Llenas mi noche y la cubres. Me cubres con tu tacto, corriente contínua que me eriza, me busca, me encuentra. Siempre.

La llenas de plumas que recorren mi piel bajo las sábanas, que regalan estremecimientos fundiendo hielos.

La llenas y, al acabar, al teñirse de mañana el cielo, no puedo más que sonreirte agradecido, satisfecho , vacío y pleno...

Y cambiar las sábanas.
O no.

Capítulo 2

Estuvieron, entre bromas, varios días preparándolo, preparándose, quizá toda la vida y, sin embargo, ninguno de los dos sabía realmente, con certeza, lo que podría ocurrir. Dónde y de qué manera, a qué alturas ignotas, les llevaría, una vez más, su deseo.

Ambos huyen, por principios, de los estereotipos al uso, de etiquetas, de clichés, por políticamente incorrectos que fueren. Por esto, por imprevisible, imaginarlo les traía, cada vez que surgía el tema, las cosquillas a sus vientres.

Los dos se aman, se admiran y respetan por igual. Iguales. Dos adultos que, como críos, se avienen a jugar, siempre desde el mismo nivel en Su escalera.

El beso en el que, literalmente, se fundieron al atravesar ella el umbral, fue, como siempre, profundo y con el apasionamiento de las ganas acumuladas.

Tras intercambiar, sin haber abandonado aún el vestíbulo, unas palabras tiernas a modo de saludo, él, separándose, a su pesar, unos centímetros, con ese brillo en la mirada del niño que planea su próxima fechoría, esa que, con el transcurrir del tiempo, aún desata la hilaridad de sus mayores, y, ante la expectante extrañeza de su compañera, deshizo el nudo que mantenía sujeto el pañuelo palestino, previamente impregnado con su perfume, en torno a su cuello, para, con movimientos adorablemente torpes, nerviosos, sin dejar de sonreír, travieso , velar los ojos de su amada.

De esta manera, confiando a ciegas, ella se dejó conducir entre risas, de la mano, por lo que sabía el pasillo que termina en su dormitorio.

Capítulo 3Caminaba apresurada de regreso al finalizar la cena, embozada en su bufanda, aterida por el frío lacerante de la madrugada y acosada por el eco de sus pasos y las sombras inquietantes danzando sobre las paredes al pasar bajo la incierta luz de las escasas farolas a lo largo del trayecto, por calles desiertas a esas horas a excepción de algún taxi solitarioo que había deshechado tomar por la cercanía del restaurante a la seguridad, así lo creyó siempre, de su ático.

La figura se materializó, de pronto, pocos metros frente a ella.

Sí, se materializó.

No salió, ni surgió, ni asomó de entre la bruma que entre fantasmagóricas fumarolas ascendía desde los orificios en el alcantarillado, vapores de un submundo invisible respirando bajo el pie soberbio de quien cree saber.
Simplemente, desde donde no había nada, ahora aquel que supuso un hombre, observaba.

Un miedo agudo, helado e irracional, se instaló en forma de incómodo cosquilleo en la boca de su estómago descargando una pulsión, casi eléctrica, a lo largo de la columna vertebral, dándole la impresión de que los latidos que segundos antes retumbaban en sus sienes cesaban por un instante para desbocarse, después, en arritmia vertiginosa.

Su cerebro no supo describjr el atuendo de aquel extraño personaje sino como atemporal.
Ni actual ni de modé.
Sí pudo apreciar, en cambio, era incapaz de dejar de hacerlo, la indudable, la tremendamente atractiva

elegancia que destilaban tanto la vestimenta como sus ademanes.

Sus movimientos eran delicados, casi felinos. Sutiles y, sin embargo, firmes. Decididos al recortar los pocos metros que les separaban mientras, y de esto no era consciente, la noche les envolvía con un manto de silencio espeso, denso y oscuro que les aislaba, sólo a ellos, de cualquier sonido, hasta ese momento natural, en una ciudad dormida pero latiendo aun a tan avanzada hora.
Podía distinguir nebulosamente, ahora en su rostro, ojos de un color indeterminado. Añil? ¿Quizá violeta? extrañamente vacíos de expresión salvo el destello feroz que, por un momento, rompió su hermetismo al curvar los labios, grotescamente rojos, sensuales, sin embargo, como jamás contempló otros, en una mueca siniestra que podría ser sonrisa, descubriendo parte de una humedecida y blanquísima dentadura.

Alargó hacia ella una mano pálida, de largos y finos dedos casi femeninos y uñs recortadas.

No reparó, cuando la tomó en la suya sin haber mediado orden en su cerebro al respecto, y, antojándosele su tacto suave e inusualmente frío, en los restos, apenas apreciables, de lo que cabría deducir tierra seca y un pigmento parduzco impregnados entre las uñas de esos dedos que, sin crispación, con una suerte de ansiedad calmosa, fría, tiraban , suave pero firmemente, hacia sí de ella.

Al día siguiente las horas parecieron no seguir su ritmo habitual ralentizándose el avance del minutero de su reloj hasta la exasperación, y una terrible debilidad se había apoderado de ella, tanto física como

mentalmente.

De regreso a casa tras la jornada que le pareció eterna se forzó a tomar un bocado de la frugal comida que seguía intacta en su fiambrera desde el mediodía, haciéndole desistir de continuar cenando la violenta arcada que le sobrevino al tragar.

Decidió acostarse.
Le echó un último vistazo, mientras limpiaba compulsivamente sus dientes, al reflejo demacrado que le devolvía el espejo, apagó la luz y se metió en la cama.

Por la mañana, el juez de paz, con la policía y un médico de guardia, certificaba el levantamiento del cadáver.

Pese a lo intenso del frío, la ventana del dormitorio continuaba abierta cuando abandonaron la estancia.

Capítulo 4

Ignora qué oscuro mecanismo mental le empuja irremisiblemente, cada noche, una y otra vez, a llegarse frente al enorme caserón.

De planta cuadrangular, imponente, no es la maciza mole de gastada sillería lamida por mil vientos lo que se le ha enredado en la curiosidad.Su mirada se mantiene durante horas, cada noche desde no recuerda cuándo, fija sobre la puerta.

Robusta pese a lo ajado de la madera, tan oscurecida por la humdad qeue parece fagocitar cualquier atisbo de luminosida en duro contraste con el frío hálito de palidez que desprende su mano acercándose, sin haber jamás completado el gesto, para posarse sobre el pomo, en, quizá, inquietante artificio óptico al incidir un tímido rayo de Luna sobre él.

Una sensación extraña y desagradable, similar al recuerdo del hielo bajo los pies, o lacerando la piel de la espalda, sobrecoge su ánimo al contemplar, con ojos vacíos de expresión, la desdibujada heráldica, perceptible apenas ya en la piedra sobre la rugosidad del poderoso dintel, pulida por el paso inexorable del desconsiderado e inclemente tiempo.

Pareciera que, cada noche desde no recuerda cuándo, esos arcanos tallados por manos hace tanto desprovistas de carne mortal quisiéranle hablar, desvelarle algún secreto ignoto y enterrado en la oscuridad, angustiándole infinitamente su incapacidad para desencriptar esas confidencias. Palabras perdidas en el ulular del viento.

De esta manera atormentado, torturado por la duda del Qué, Desde, y en el otro lado, como cada noche, desde ya no recuerda cuándo, su etérea figura se desdibuja diluyéndose en la primera luz del nuevo día.

Capítulo 5

Una vez llegados al dormitorio y como si un invisible telón se hubiese alzado, su tono de voz varió adquiriendo un matiz de firmeza que, sin embargo, en nada desdecía a la enorme ternura con la que siempre, incluso ahora, o sobre todo, le trataba, y que, lejos de incomodarles, contribuyó a exponenciar la espiral epicúrea en la que ambos se sumergen en deliberada apnea de moralidad artificial e impuesta.

" ¿ Qué quieres que haga, mi Amo ? "Preguntó, casi tímida, encendidas las mejillas y con voz temblorosa tanto por la excitación que pulsaba en su entrepierna como por la incertidumbre.

" Desnúdate para mí, mi niña ", responde el que hoy es su Dueño, apartándose hasta quedar sentado en el borde de la cama para gozar con la perspectiva general del cuerpo de su amante que le ofrece la distancia. " Hazlo despacio" prosigue cada vez más cómodo en el papel del poseedor, del guardián, de lo que , en realidad, no es sino un regalo.

Cuando, a su orden, abrió su abrigo, pudo comprobar, lleno de orgullo, de agradecimiento y del más profundo amor y deseo, cómo, pese al frío y la distancia que debió recorrer a la intemperie hasta su casa, había empezado su Juego dando cumplimiento a la petición que le había formulado hacía horas, descubriendo bajo la prenda el conjunto de lencería de fino encaje, liguero y medias negras que iban a morir, desde sus pies perfectos, a medio muslo, con el que ceñía un cuerpo grabado a fuego en su memoria. Mil veces gozado en carne y sueño y que, siempre más, movía los resortes de su deseo hasta límites que nunca osó, siquiera, imaginar.

" Mi preciosa Esclava...." acertó a decir.

Capítulo 6

Una buena ostia...

Suena seca. Dura.
Crock, y te tambaleas. Trastabillas absurdamente sorprendido, aturdido por lo violento del golpe. Destemplado. Sudando frío.

Segunda ostia. Otra.

Obstinado, ceñudo y obcecado, sacudes la cabeza en vano intento por espabilar.
Escupes espeso y recto entre los pies vestidos con zapatos viejos y, retrocediendo un tanto sin perder la cara, peleón, le haces trinchera entre los hombros a la testa y acometes ciego para dar sobre el mismo punto donde el desconchón esta vez se tiñe bermejo.
Un zumbido sordo, de avispero, se adueña de tu cabeza mientras secas con el dorso de una mano de nudillos gastados la película viscosa sobre los ojos y tratas de fijar la mirada que se extravía en una espiral de luces, colores y formas difusas. La náusea asciende en torrente desde el estómago violentando tu boca el acre sabor de la sangre.

El tercer impacto colapsa tu sistema motriz. También el límbico.

Caes. Inerte. Desmadejado como la marioneta a la que de pronto cortasen los hilos que la mantienen animada, tu esfínter se relaja y mezclas en el suelo tu sangre con barro y orín.
No ves. No se oyen las avispas. No dices nada.
Pierdes toda noción de tiempo o espacio.

Al recuperar paulatina y dolorosamente la conciencia comienzas a sentirlo. ¿ Miedo ?

Y piensas.
Te lo dices al oído. Susurrando. Un secreto.
Quizá debieras, te dices, abrir una puerta. O trepar, del mal el menos, por sobre la panza de ese muro impávido.

Doblarte, dices, para no acabar partido.

Capítulo 7

Cubre con su manto oscuro y gris los paisajes y los desdibuja arrugando , secas, las plantas en sus macetas. Y en los pies.

Crudo e implacable, cruel, se ríe en la cara el muy cabrón, sardónico, cuarteando labios y vigores. Escarchando ánimos e insuflando abulia con su aliento oliendo raro. A nada o a mil cosas. Raro.

Y sales a la calle a respirar, cuidando de no pisar los charcos que arruinen tus zapatos viejos, para encontrar veinte grados de puro hielo con el viento que te araña las tripas desde dentro, desde algún lugar muy dentro, y sopla fuerte para dar por tierra con los naipes de tu castillo.

Y el calor te abandona. Rehuye tu contacto.
Lo sientes gota a gota sangrando colores que al mezclarse no hacen blancos sino barro.
Humus de risas viejas y noches muertas.

Invierno...Y mucho viento
Malos tiempos para la lírica,
El Puto Invierno.

Capítulo 8
¿ En serio? ¿ Lo tengo?
No sé...

Puedo aparecer irónico, mordaz, incisivo, socarrón, sarcástico, burlón...
Me son naturales la perífrasis, giros y circunloquios. La ambigüedad y la indirecta.
Adorno mi discurso de matáforas, alegorías, de figuras.
Me encuentro cómodo al zambullirme en la Etimología, el Léxico y la Semántica. La Sintaxis , la Morfología.

Sin embargo... ¿ Lo tengo ?

Porque a veces, muchas, ni siquiera yo me entiendo.

Manda huevos.

Capítulo 9

De manera tan natural como él le hace partícipe de sus deseos, ella, sin una duda, entregada sin restricciones, se apresura a complacerlos.

Desnudó en primer lugar, siguiendo el orden que su Dueño le indicaba, los pechos que evidenciaban su excitación en la visible erección de los oscuros pezones. Son pechos maduros, plenos de vida pasada y por llegar, cuya visión siempre consigue que el brillo en sus pupilas delate el ijdecible deseo que se apodera de él al contemplarlos.

Ella, sin dejar de verle, aún con los ojos velados por el pañuelo, manipuló los cierres de las ligas sujetas al encaje demarcando sus muslos y, deshaciéndose de la prenda que lo cubría, le mostró un pubis de vello oscuro y recortado que gustaba de arreglar, con mimo, para él.

" Eres preciosa ", susurró de nuevo, grave . "Gírate"
" Sí, mi Amo "

De esta forma, las manos apoyadas en la pared y la cara a escasos centímetros de ésta, él pudo disfrutar en toda su magnitud de la sucesión de curvas que, desde el cabello azabache derramándose sobre labespalda perfectamente esculpida en lavque la discreta musculatura tensa bajo la piel revela la energía que guarda, yendo a morir sobre unas nalgas tersas y firmes con la apetecible forma de una manzana invertida que coronan los torneados muslos, hasta los pies, que conforman la figura de su Amada. La Diosa que hoy le llama Dueño.

El deseo por dibujar con sus manos sus apetencias sobre aquella piel , totalmente ofrecida para él, se le hacía insoportable, incontenible y, levantándose del borde de la cama desde el que la contemplaba admirado, ciñó sus caderas para privarle al aire de cualquier resquicio por donde circular entre sus cuerpos.

Capítulo 10Se desquicia. Insomne. Prisionera sudando entre las sábanas torturada por el croar incesante de la jodida rana en la charca bajo su ventana.

Cada anochecer, todos, erguida en su nenúfar, reina sobre el lodazal, con el ocaso comienza su discurso.

" Se acabó", piensa. " A tomar por culo!".

Enfundada en su vestido de princesa con zapatos de cristal y labios de frambuesa, desciende de su torre y se acerca al animal que le mira fijo, soberbio desde su trono. Y le besa.

"Mierda..."

No ocurre nada.

Fin de la escena.

Capítulo 11" De rodillas, mi niña", y respondió posándose despacio sobre el cojín a sus pies que él colocó para no lastimar la piel que adora.

No le importó que, así postrada, sin habérselo ordenado, tantease a ciegas su cintura para despojarle del cinturón y abrir los botones de su tejano.

Con infinita ternura, mimándola, haciendo ojos de sus dedos acarició la dureza que era suya a la altura de su rostro sintiendo su vigor palpitando en la palma de la mano y dejándose empapar con el rocío salado rebosante, puro e incontenible deseo, antes de besarla con devoción y arroparla entre sus labios entregada, lenta y suavemente, regodeándose la lengua en cada pliegue, cada redondez. Dibujando con el borde de sus dientes para dimensionar en su ceguera la imagen en su mente.

" Basta, mi niña ".

Tardó unos segundos en obedecer. Totalmente abstraída, no existía para ella nada en aquel momento que no fueran su boca, su Dueño y el amor que se profesan.

Acomodándose de nuevo en el borde de la cama frente a ella, aún arrodillada, súbitamente avergonzado, pudoroso, le acercó tímidamente un pie y ordenó : " Descálzame, mi niña."

Ella tomó la robusta bota entre sus manos y, con la misma naturalidad que si consigo lo hiciera, tiró con delicadeza, retiró el calcetín y apretó el pie de su Dueño contra su pecho escribiendo su ofrenda con la yema de los dedos en su empeine antes de cubrirlo de besos.

En aquel instante, él pensó que nunca la había querido tanto.

Una hora de incondicional entrega mutua después, ambos se miraban a los ojos. Muy pegados.
Sin poder, ni querer dejar de sonreír, el rubor pintando de colores su expresión y los pechos latiendo fuerte, acompasados, él le acercó los dedos, aún impregnados con su aroma, a la mejilla rozándola levemente hasta llegar a mesar, con torpeza, su cabello. Besó sus labios estrechándola con fuerza y, al oído, susurrando, le ofreció, una vez más, su Amor.

Desnudo.
Eterno.

Capítulo 12

" Soplareeeeé, y soplareeeé...Y la casa derribareeeé."
"¡Ven aquí, gilipollas ! "

A los tres cerditos les encanta caminar descalzos por su casa.
Lo hacen ufanos, contentísimos estrenando alfombra.
Suave, mullida...
Piel de lobo, dice la etiqueta.

Fin de la escena.

Capítulo 13

Mira con ojos extraviados el vaso lleno sobre la mesa en contraste irónico con la botella que enseña el culo tratando de desmentir la cruel lucidez a la que sin éxito, durante horas, ha tratado de asesinar.

Click, nada.

Frunce los labios para dibujar en el rostro, grasiento y mal afeitado, las cuencas de los ojos subrayadas de vigilia y la frente perlada de un sudor que, frío, mantiene a su pesar vivos los sentidos, una mueca ambigüa que puede titula tanto de sonrisa como del ardor que ataca su garganta con etiqueta de Bourbon y hiel.

Click, nada.

Revolviéndose en el viejo sofá de tapicería estampada de miseria acumulada con olor a rancio, lamparones que alumbraron otros tragos y abcesos ulcerados de bordes negros por donde asoman vísceras de gomaespuma, piensa en lo vano de lo que aseveran quienes no se han arrimado al precipicio y apoyado los pies sobre el filo de la navaja sintiendo el frío lacerar sus pies.No es cierto que la vida acuda en cinemascope. Quizá, al final, sea un tipo afortunado.

Click, nada.

Le incomoda repentínamente el poso de una educación que le empuja a mantener el orden cuidando del detalle. Anfitrión siempre considerado, ajusta el plástico engañosamente transparente que cubre los cojines con la seguridad ilusa de que el gesto le será apreciado por

las visitas a recibir con su ausencia.

Click, nada.

Contrariado, se levanta entumecido para dirigirse a la ventana y abriéndola se deja ahogar por la ráfaga furiosa que irumpe en pugna con la viciada atmósfera de la estancia.
Entornando los ojos ciegos, se asoma para observar las figuras que, allí abajo, insignificantes en la distancia, comienzan a animar el bodegón de hormigón y asfalto.

Se vuelve a contemplar a su espalda los olores mezclados del alcohol y las cenizas con el aroma residual de la lluvia que el cielo, solidario, arrojó durante la noche y, abriendo el cajón de la destartalada cómoda en el rincón, aparta los trapos viejos para recolocar, al fondo, el revólver que ha velado junto a él con un Click despistado aguardando en el tambor.

Capítulo 14

Primero: Exprime el jugo de su psique sangrando viscosos los recuerdos con forma de razón, o excusa, para cruzar todas las líneas.

Segundo: Espoleada por el acre sabor ferroso le sobreviene la arcada solidaria que justifica las lágrimas enturbiando su mirada.

Tercero: Sin derecho a apelación sus fantasmas gritan " ¡ Culpable !". Y le condenan.

Cuarto: Ridículo en su orgullo compone una figura patéticamente digna para rubricar su nota sin disculpa.

Quinto: Ordenados sus cajones en concierto de desastres amartilla el arma introduciéndose el cañón en la boca y paladea el frío en metafórica mamada a la vida que le gana.

Sexto:... Y estalla el sexto click, definitivo, para bajar rojo el telón sobre la pared del cuarto y pintar un cuadro de nada y oscuro.

Fin de la escena.

Capítulo 15

e.com/#/watch?v=81jvAysavRU&desktop_uri=%2Fwatch%3Fv%3D81jvA

De fondo, sutil, casi subliminal, Marcela les recuerda que su vida es rock and roll.

La penumbra, apenas desmentida por el haz de luz que tímido sse cuela por el ventanuco incidiendo débilmente sobre la cama, difumina el entorno para pintar el caos, concierto en su desorden, donde se mezclan los aromas de la trementina, aguarrás, la linaza y el manzano de caballetes y paletas, del algodón de lienzos y trapos sucios de limpio, con los colores que utiliza para pintar los sueños.

Acarician la cuartilla el crayón y sus dedos como esponja recorriendo el contorno de la figura que nace en el papel, reflejo de la que se recorta, únicamente rota su inmovilidad por el agitado respirar, sobre el prado blanco de las sábanas, degradando negros puros buscando gris.

Acabado lescorzo, deposita hoja y carbón en el suelo, al pie de la silla, para recorrer los pocos metros, demasiados, que les separan, y firmarlo con sus labios en la espalda.

Fin de la escena.

Capítulo 16Ven...es tuyo.

Búscalo, marca el ritmo. Es tuyo.

Bésame , muérdeme.
Cómeme, que yo te bebo.
Tómame, úsame.

Ven, fóllame...es tuyo.

Quema...

Huéleme, mírame.
Grítalo... es tuyo.

Ven, quema, quémame.
Ven, quiéreme. Te quiero.

Soy tuyo

Capítulo 17

Danza el recuerdo de las horas cortas al compás acelerado del latir que desde el pecho engalana el rostro con rubores...Danza.

Danza el recuerdo de las horas cortas silbando advocaciones que el deseo les roba a la moral y el miedo...Danza.

Danza el recuerdo de las horas cortas en polifonía de cuerpos que se enlazan, se enredan, se toman y regalan notas suspiradas...Danza.

Danza el recuerdo de las horas cortas al son de melodías dibujadas en las sábanas del pentagrama...Danza.

Danza el recuerdo de las horas cortas canciones de amores en reserva, a gritos susurradas...Danza.

No dejes de hacerlo.

Allegro, ma non troppo
Cual piuma al vento

Que tu música no amansa fieras, recuerdo de las horas cortas.
¡ Danza !

Capítulo 18
El nombre que te doy. Que has tomado.

Hedónica despiertas ganas para coserlas a las mías por las tripas amoldándote a mi deseo, cubriéndolo como un buen traje tejido de sudor mezclado con pespuntes del salado que me regalas abriendo tu apetito, con las piernas, para servirme de alimento y empujarme a gemir tu nombre.

Eres cuento que respira. Ensoñación tangible de humedad entre los dedos.
Salvaje domadora de rugidos y espaldas para arañar, morder, y azotar con besos.
Más pirata que princesa que me aborda buscando que desborde para disfrutar, degustar, golosa y epicúrea, haberme derramado.

Es el nombre que te doy, el que has tomado.

Así, Libídine, te llamo.

Capítulo 19Recuerdo cuando era un tipo contenido.
Reservado.
Cuando el cabo que unía mis pelotas al cerebro parecía firme hasta el punto de haber quien me titulaba de "niño de los cajones".

Lo era.

Ordenado. De libro.
Familia, amigos, amores menores, mercenarios o con mayúsculas. Todo. Cada cosa en su lugar y cada cual en su cajón. Estancos.

Pero a mi caja de Pandora también se le vuela la tapa y, sin ésta, exacerbo.
Para bien, o no, siento y exacerbo.

Y me esfuerzo en anudar de nuevo mis pelotas al cerebro.
Y me esfuerzo y me las como. Cuando puedo.

A veces resultan indigestas. Provocan ardor de estómago y lo retuercen, pero, de tener unas pelotas que tragarme... de eso no me voy a arrepentir.
Nunca.
No quiero.

Porque a un hombre no le define su tamaño.
No el coche, ni las muescas en su culata, ni una apariencia elegante o una viz grqve, ni la barba cerrada, ni la hipertrofia muscular.
Ni la edad, siquiera.

Nada de esto garantiza hombría.
Nada de esto garantiza nada.

Al hombre debe definirle, creo, tener unas pelotas que comerse.

Y yo puedo ser un cabronazo a veces, pero, seguro, no un cabrón sin huevos.

Capítulo 20

Rebaño en el agujero de mi bolsillo y desgrano a cincuenta por hora, o tres cuartos, la vaina de mi psique.

La vuelvo del revés y escarbo con un dedo, amarillo de malos humos y dentado, nacido en el desgaste de nudillos cansados de atizarle al muro y apilar cascotes en carne viva, para encontrar indefectiblemente entre mis brotes verdes el haba que fue mágica y que, podrida, arruinada por el tiempo y por miserias viejas, se me clava por la espalda desde bajo mis siete colchones en orgía de penas inconclusas e inconexas, honras malentendidas con el culo, a mi manera, y colores violados por rabias, miedos y rencores no tan sordos, y que agota.

Se agota.

Acabará por fin, pronto, con el sol de cualquier mañana y primavera, a caricias o patadas, cuando con mi haba haga como el perro en la farola.
Olisquear ufano, y, si no me la puedo comer, ni follar, mearme encima para continuar camino, silbando y moviendo el rabo, tras mi estrella.
be.com/#/watch?v=iaALtAHssQQ&desktop_uri=%2Fwatch%3Fv%3DiaALtA

Capítulo 21Ella sostiene aún la navaja, agitada la respiración y la boca entreabierta, quizá para sonreir, sin apartar la mirada a través del desdibujado entre vahos reflejo en el espejo del baño,de la gota de sangre que, zigzagueante, dibuja carmesí un camino sinuoso entre el cuello y la clavícula.

Con el beso que, volviéndose, él deposita sobre su frente, cala profundo, más allá de los pulmones, y más abajo, el aroma fresco y masculino del jabón.

Responde su cuerpo estremeciéndose al diálogo gritado en silencio y, tomándole la mano, caminan por la penumbra del pasillo para perderse.

Al fondo, recortada al contraluz de la mañana, la entrada al dormitorio se agranda.

Fin de la escena?

Capítulo 22" Vamos, señores. ¿Quién quiere probar? Juegan uno y ganan doble."

Sobre la caja de cartón, antiguo contenedor para uno de esos enormes televisores de plasma que alienan conciencias al grito de " gol ", cubierta con un ajado trapo rojo de bordes sucios y deshilachados en vano intento de esconder lo mezquino de unas manos de uñas sucias que mueven en vertiginosa danza los cubiletes como si de aves de rapiña se tratasen, se hace el juego.

" ¿Quién probará? La mano es más rapida qje el ojo. Vamos, valientes. Juegan uno y ganan doble."

En el mismo instante en el que confiado y con el aire suficiente de quien cree saber lo que hace señala el cubilete que el trilero alza mostrando negros los dientes en sardónica sonrisa, se desploma fulminado.

La gente que se congrega morbosa para contemplar el cadáver de ojos espantados se estremece ante la visión del boquete abierto en el pecho del incauto.

Sobre el trapo que cubre la caja de cartón, se confunden los rojos de la tela y la sangre que mana del corazón, aún palpitante, que se revela bajo el vaso.

Capítulo 23
Disfruto enormemente con lo que implica de entrega mutua y aprendizaje.
De la exploración.

De pulsar desde una posicion ambigua en la que se desconoce en realidad quién maneja la situación, si alguien lo hace, los diferentes resortes que mueven reacciones.

Físicas; evidentes en la floración del clítoris abultándose enrojecido al ser levemente succionado, entre los labios que adwuieren la tonalidad de la fruta madura y su textura, suave y mojada, en cada pliegue, consecuencia de la concentración del flujo sanguíneo.

En la humedad salada y ligeramente viscosa creciente diluyéndose en la boca con la saliva propia.

En la aceleración de la respiración evidenciada por suspiros y gemidos entre palabras arrebatadas, así como del ritmo cardíaco, patente en las rítmicas pulsaciones desbocándose, notables al posar los labios sobre la vena femoral, perceptible azulada bajo la fina piel en la articulación entre el pubis y el interior del muslo.

En el placer exponenciándose traducido en convulsos estremecimientos y el arqueo de las caderas buscando que la lengua profundice todo lo posible.

En el.clímax desmadejando el cuerpo enbtensión llevándolo a un delicioso estado de laxitud en el que casi se siente perder todo contacto físico con la realidad.

Disfruto con éstas...y más.

Y disfruto enormemente de las otras reacciones. Las que solo se ven mirando con los ojos cerrados y dislocada la razón, ocupado su lugar por el sentimiento.

Pero éstas las conoces bien.
Son las que me regalas. Sólo a mi.
No son prácticas, sino Actos.

Las vivimos...para qué contarlo.

Capítulo 24

Dificultosamente consigue romper el velo legañoso que mantenía sus párpados soldados.

Los ojos están abiertos, o eso cree, pero no ve.
La boca abierta, pero el grito se ahoga en la garganta.

"¿Qué coño pasa?"

La angustia se le anuda a un estómago que siente lejos, vaciándose sobre la cama, extendiéndose por la estancia una fetidez orgánica que no puede percibir. En algún momento durante su inconsciencia se rompió la conexión entre el cerebro y su espina dorsal que mantenía controlados sus esfínteres.

" ¡ Cagüendios, socorro !"

Quiere gritar, pero solo lo piensa aterrado al comprobar su incapacidad para completar el movimiento para acercar sus manos a la cabeza con el que su psique, dolorosamente lúcida, trata de enfatizar el pavor que haría temblar sus piernas si, de alguna manera, pudiese constatar que siguen ahí.

Percibe ahora, eso sì, con total nitidez en su indefensión, el violento golpe en su pecho., justo sobre el esternón, y la insoportable presión que, tras el impacto, oprime su tórax exprimiendo la fuerza que se va con el aire que no logra hacer llegar a los pulmones que se secan arrugándose faltos de riego e incapaces de oxigenar el corazón que desacompasa pulsaciones, hace muy poco desbocadas por el miedo, en arritmia antecesora de un colapso que se antoja irremediable.

Es entonces cuando, solo durante un instante, la ve.

Una figura oscura en la que apenas se distinguen la boca , de la que escapa saliva derramándose sobre su rostro en forma de sudor helado mientras ríe cruel, y las robustas botas negras que laceran su piel haciendo brotar hilillos sanguinolentos que van a mezclarse con sus excrementos sobre el irreconocible lino, antes blanco, de las sábanas, al descargar sobre su pecho todo aquel peso atroz.

"¡ Quién eres ! ¡ Qué !"

Grita ahora, por fin. Agudo. Escupiendo su pánico antes de que, al volverse todo oscuro, apagándose, pueda oir lejos, muy lejos, a la figura que contesta.

" La vida, chaval, la vida, que te mata."
" Puta..."

Capítulo 25

Llora, escondido tras las eternas gafas negras, sobre la guitarra un lamento que gotea por entre la memoria de sus dedos.

Y sangra...

Sangra profusamente acordes que brotan de la herida de su pecho abierto. Agudas agujas de tejer melancolía en verso.

Desesperados, salados con sus daños, ascienden trepando la noche mezclados con el humo del tabaco tratando de llegarse alto, muy alto hasta besar la sombra bajo los pies de una Luna que los acune y, con ella, apalear al tiempo en cuartos que no mengüen.

Capítulo 26En silencio.,acorralado contra el muro y con pocos tiros en un tambor con el parche roto, me revuelvo y grito.

Arañado el cuero desde dentro, alcanza apenas para vendar los daños de un corazón hipertrofiado donde moja la vida perra, hurgando con los dedos, su pan en lágrimas, no siempre amargas, sin querer escuchar que a otro chucho con más huesos. Que deje de jugar con la pelota, a cruzar los cables y poner los pelos tiesos.

Pero no.

Porque quiero querer, y porque quiero, quizá no quiera.

Quizá deba, la perra, permanecer en su sordera.

Quemando. Hurgando. Haciendo mellas.

Y que sangre. Y que duela.

Porque se ponga como se ponga, por más vueltas que le quiera dar la perra,
nada brota de la carne muerta.

Capítulo 27

Ah, si yo te dijera, si supieras, si yo te contase...

Que no es lo mismo ver el mar, mojarse, nadar sin guardar la ropa, bucear y arañarse entre corales, que escucharlo en caracolas.

Capítulo 28Estoico.

Desnudo.

Apretar los dientes y los huevos expuesto a los elementos inclementes.

Aguantar a merced del viento, de la lluvia, del granizo que te merma, que erosiona constante las paredes no tan duras que te contienen.

Aguantar, sufrirlo todo. Porque quieres. Porque toca.

Afirmar los pies cansados, cambiar posturas, golpear el muro, patearlo, arañarlo.

Palmear tus piernas. Intentar que tu sangre siga circulando y que no se pare, que no se pi
erda.

Aguantar hasta que el frio se hace insoportable. Aguantar hasta que duelee de tal forma, tanto, que ya no duele.

Y apartas entonces los cartones mojados que te cubren. Y te levantas. Y miras la ventana y no ves luz. No la tuya

Y te paras a escuchar.
Y solo se oye el viento.
Y escupes en el suelo, recto.
Y ya no aguantas más. Ya no quieres.

No lo aguantas...

Y te vas.

Capítulo 29Uno, dos, pim, pam, y los golpes se suceden.

Le cogen frío, o quizá ya muy caliente. Cabe. Descompuesto, sin ponerse en guardia.

Otro más. Y otro.

Arrecia la tormenta. Sin medida. Hostias como panes; Derecha, izquierda, al centro, .

Y también por dentro.

Zis, zas, y el púgil incauto al suelo. Sangrando, Noqueado.

¿ Que por qué no cuenta el árbitro?

Nadie sabía, ni el guiñapo apaleado, que estaba peleando.

Capítulo 30Un perro viejo, nunca flaco, lame su picha estropeado , y mastica, descerebrado, malas pulgas con tres dientes que le quedan ya vencidos, del recuerdo de la caza privado.

Apartado, mendiga ciego en los portales, arrugado y con el rabo triste, acojonado, una caricia en las orejas. Olvidado.

Y ladra ronco, desbaratado; A las nubes que amenazan negro en el reflejo de los charcos.

A la luna, al sol, al viento. Al invierno y en verano

Y le hacen todos, claro,

ni puto caso.

Capítulo 31

Puede que sea oveja negra, pero no especial. Si se aparta del rebaño, si se extravía, es porque no sabe a dónde va.

Carga alforjas con las piedras que le tiraron a dar y busca, con el piloto de las ganas encendido, parpadeando, por caminos de hortigas un lugar donde ronco de aguardiente y pegar voces, rebuscar en un vaso colmado el mecanismo de su mechero.

Un lugar con taburetes altos que no sepan trepar ni polvos, ni lodos, ni hostias, ni mierdas.

Dojde juegue una partida que no pieda.
Donde le enviden siempre a grande, y lo vea.

Un lugar donde serrín en los rincones amortigüe si resbala patinando por el lago helado de su memoria para dar de morros con nombres, con rostros y con besos que fueron.

Un lugar donde sus años tengan un invierno. Donde el frío, con el viento, no se agarren a las tripas. Donde llueva poco y fuera.

Un lugar donde arrancarse la piel y mirar por dentro no duela.

Busca, oveja negra, con el piloto de la esperanza encendido a ratos, parpadeando, un lugar donde el silencio no de miedo. Donde no matar callando.

Un lugar donde no se pudra el tiempo.

Un lugar donde ser. Un sitio.

Su sitio.

Capítulo 32Era un tipo normal. Mucho. Tanto que se le podría tachar de anodino. Un tipo gris del que sus vecinos jamás hablaban mal porque apenas reparaban en su existencia.

Esclavo de sus rutinas, cada día pese a haber perdido hacía tiempo su empleo como grabador de datos tras una mesa de color crudo, semejante a las utilizadas en los colegios, y encerrada entre paredes de pladur tan anodino como él, el zumbido del despertador daba inicio , a las siete en punto de la mañana, a una secuencia que se repetía invariablemente cada uno de los días de la semana, del mes, y el año:

Zumbido-luz-zapatillas-baño-dientes-café-dientes-ropa-calle-diario-parque.

Siempre igual. Cada mañana.

Las tardes, tras una frugal colación a mediodía, las dedicaba a velar, colocando cada cosa en su lugar, porque la secuencia en la que basaba el equilibrio de su insustancial vida se repitiese de manera mecánica y sin sobresaltos al día siguiente.

Cenaba a las nueve. A las diez roncaba.

El día de autos, una claridad inusualmente intensa le despertó, y antes incluso de reparar en que no había oído el zumbido habitual, supo desazonado que algo no encajaba.

Cuando se les preguntó, ninguno de sus paisanos supo dar razón a los reporteros que cubrían la noticia de la masacre en la entidad bancaria en la que irrumpió, vociferando incoherencias, la mirada extraviada y

jamonero en mano, sobre la motivación de alguien del que apenas sabían que respiraba, para cometer semejante atrocidad, limitándose a señalar, consternados, que siempre se le tuvo por una persona cabal.

Al acceder los policías a la vivienda, pulquérrimamente ordenada, encontraron sobre el mueble del recibidor la carta sin abrir con la que la compañía eléctrica, con fecha de aplicación para ese mismo día, comunicaba el corte del suministro por impago.

Capítulo 33

Lucas no es, pese a lo desmesurado de sus apetitos, un mujeriego. De hecho, a sus casi treinta y seis años, jamáz ha tenido una cita. No una convencional.

Es, "simplemente" un obseso.

Un jodido perturbado que ha ido desarrollando un comportamiento sexual psicopàtico agravándose con los años y que comenzó cuando de niño arrancaba las alas de las moscas que capturaba para disfrutar del cosquilleo que le provocaban agonizando sobre su glande.

Después llegaron sus affaires con los pollos que encontraba en la nevera; Luego la miel y el perro; Durante sus vacaciones en el pueblo, las gallinas y los corderos. Y así, gradualmente, se sumergió sin conciencia en un pozo de obscenidad bizarra y aberrante del que ni siquiera se podía adivinar el fondo.

Hoy Lucas se siente especialmente travieso y juguetón.

Más salido que el pico de una plancha, un corazón de vaca distraído del matadero donde trabaja y la batería del coche se convierten esta vez en el objeto de su enfermizo deseo.

No tarda en darse cuenta, metido en faena y con la polla erecta violentando la víscera, de que los latidos ocasionados artificialmente por los doce voltios que animan a "su pareja", no son lo suficientemente intensos para satisfacer del todo su lascivia y decide, por tanto, aumentar la potencia.

" Oh, nena..."

Fuera de sí, Lucas no es consciente de su error de cálculo.

La humedad que rezuma el corazón recalentado, el sudor, y el semen brotando a borbotones cuando se corre, se conjugan con el Kharma en un cóctel mortal que, al rebosar del contimente durante el clímax, acaba lamiendo los polos de la batería a plena potencia, provocando el cortocircuito que le abrasa.

Y es que a veces, por la picha muere el pez, y se ve que Lucas, además de un puto pervertido, y un cabrón con pintas, por lo visto era rematadamente gilipollas.

Capítulo 34La cama me larga de malos modos y dice que no tiene sueño, y entre el calabobos de nubes de tabaco, la luna me hace un feo menguando. Y sonrìe. Lo hace mientras yo le tiro besos y me enseña el dedo haciendo que broten, con sus taconazos, las chispas de los cruces de mis cables cruzados.

Y la noche cojea. Y se queda corta para contar borrones, colillas, ovejas y cabrones. Palabras, suspiros, gemidos y corazones en rebajas tallados juntos dibujando lazos y verdores.

Y achicando porquería, con un cartel en la tristeza de "recién pintá", procuro barrer mis pies para no casarme con madie, me dejo tentar por la alborada al clarear, y le voy metiendo mano al día. Con mucha intención, sí. Y también poca gana.

Capítulo 35

La ingesta masiva de agua llega a provocar el colapso de los riñones. El líquido se filtra al sistema circulatorio diluyendo la sangre, con la consecuente pérdida de sodio y otros minerales esenciales para el sostenimiento vital. Asímismo, este exceso acaba por acumularse en los tejidos, inclusive el cerebro, inflamándolos y provocando alteraciones en funciones como la respiración.

Este es sólo uno de los métodos con el que los inquisidores tratan de quebrar su supuesta resistencia a declarar. Otros son la privación del sueño, el apaleamiento, descoyuntamiento, o la aplicación de hierros candentes sobre la llaga a la que ha quedado reducido su cuerpo.

Pero sin duda, lo más aterrador pese a lo desaforado del dolor físico, es la absoluta ignorancia de los cargos que se le imputan.

No sabe por qué, no sabe quién, no sabe dónde, no sabe nada.

Impertérritos ante el sufrimiento, los jueces, que son también fiscalía y jurado, toman de manera escrupulosa, nota de cada palabra, cada grito, cada gemido y cada silencio.

" Por favor...díganme lo que debo decir, y lo diré. "

Lejos, una mujer llora la ausencia de su marido mientras allí, en Guantánamo, la CIA se apunta otro tanto en su listado de "triunfos": Ahmed Ibn Abdullah, reo confeso de terrorismo.

En Yemen, en el seno de la acomodada familia de un joven estudiante de medicina emigrado a EEUU, la semilla del rencor arraiga entre los más jóvenes.

Capítulo 36La cotidaneidad de la acción no impide que de nuevo perciba el hormigueo que se apodera de cada una de mis terminaciones nerviosas, concentrándose caprichoso a la altura del pubis.

Direcciono el monomando de la ducha y parsimoniosamente, regodeándome con el tacto de las prendas deslizándose por mi cuerpo hasta quedar desmadejadas en un montón informe a mis pies, me desvisto frente al espejo.

Cuando la bruma que invade el baño me indica que la temperatura por fin es la idónea, me intruduzco en mi campana de aislamiento para los sentidos con atmósfera de sosiego y soledad buscada.

" Cierra los ojos, libérate ".

Desde algún lugar recóndito de mi psique, afloran estas directrices constituyéndose en únicas inquilinas de mi pensamiento consciente.
Aplicándome a ello, dejo que el caudal de calor se derrame sobre mi cara arrastrando hacia el sumidero todo sonido ajeno a mi bóveda de vapor.

El agua caliente me sensibiliza hasta el punto en que advierto nítidamente cómo cada poro se abre para permitir que una encantadora laxitud cale de la piel hacia adentro.

En ese estado de semiconsciencia sensorial, se desatan los nudos de mis contracturas, que fluyen hacia el exterior en forma de tibieza resbalando entre los muslos al relajar mi esfínter, y se van a colorear la espiral que se precipita por el desagüe.

Ignoro el motivo, ni me importa, por el que me excito visiblemente.

" Cierra los ojos, libérate "

Y soy, sin pensarlo.
Y dejo que mis dedos abracen mi erección.

Capítulo 37- Sajar y drenar, no queda otra.

- Joder, ¿ me dolerá?

- Y mucho, pero es que lo has dejado madurar demasiado. ¿Acaso no lo notabas?

- Sí, claro. Al principio no me molestaba. Era sólo un bulto sospechoso, una espinilla sin cabeza que afeaba levemente mi espalda. No dolía. Es más, la mayor parte del tiempo ni siquiera era consciente de que estaba ahí. Cuando de manera esporádica me empezó a molestar ligeramente, me confié al comprobar que con analgésicos volvía a su letargo habitual. Poco después comenzó a resultar realmente incómodo. Se inflamaba, supuraba y me provocaba fiebre. El dolor me impedía incluso conciliar el sueño, con lo que mi talante empezó a oscurecerse y mis días se sucedían entre malos humos, lágrimas y discusiones.
En fin, doctor, para qué alargarme más. Que duele. Y aquí me tiene.

- Lo dicho, sajar y drenar. Vas a ver las estrellas, pero tenemos que achicar toda esa porquería que llevas a la espalda.

- Ver las estrellas...ojalá, doctor. Dios le oiga.

Capítulo 38Camina. Despacio y cuesta arriba. Arrastra los pies obstinándose en tirar de la cadena invisible que amarra sus tobillos al peso que, a su espalda, marca el sendero arrollándole las huellas.

Camina tratando de ajustar sus cuentas, haciendo números, cálculos, balances; vueltas y revueltas para despejar la incógnita escondida en la sucesión de sentimientos primos que se atropellan en su mente.

Y las cuentas no le salen, no sabe.
Es de letras.

De puta madre, dice, pues con letras. Y trata de coser algunas con cierta coherencia para zurcir un grito de atención, socorro o rabia, que no encuentra brazos ni oídos que lo acojan y se calla ,se sienta en la cuneta, se queda atrás, se pierde.

Y él camina. Como puede. Por inercia. Arrastra los pies despacio y cuesta arriba.

Y cansado de esperar despierto al sueño, no ve mariposas que le le muevan aire que le sople primaveras.

Capítulo 39
Que lo eran para tañir las campanas que tocaban sus rebatos.

Manos para tejer vestidos de suspiros, para dibujar en el.torso figuras que se trepan, que se enlazan.

Manos sin razones que toman la piel por hábitat.

Manos ansiosas.

Manos que beben , se nutren y se empapan en su savia. Que la absorben y destilan en pulsaciones que alimentan desbocadas.

Manos nunca mágicas. Manos que hacían magia.

Manos que dicen, que gritan, que arañan, que muerden.

Manos rotas.

Manos que lloran, estas, porque no se quieren morir de olvido.

Manos desolladas.

Capítulo 40Despéjame tu torre, princesa, y tírame una trenza, que vengo a buscar jaleo; que el hambre no alimenta.

Va, despeja, y lánzame la trenza.

Ábreme la puerta.
Ábreme las piernas.
Que no quiero más que lamer tus huesos. Que solo quiero comerte a besos.

Venga.
Tírame una trenza.

Que me desdigo si no te digo que traigo jaleo; que mi credo sólo tiene un mandamiento:
Trepar, venirme contigo arriba, buscar de tu boca el cielo.

Va, despeja.
Y tírame esa trenza.

Que son tus ojos del color de todos los colores, que no son cojones,
los que me hacen batir mi cobre por todos tus renglones.

Capítulo 41Era insoportable. Una quemazón que, desde algún punto indeterminado en su interior, se propagaba por sus entrañas, exteriorizándose en forma de erupción ulcerosa.

Al principio sólo fue un leve cerco de piel muerta alrededor de su nariz, que poco a poco se extendió por sus mejillas hasta las orejas, el cuello, el pecho...El eccema despellejó manos, pies...la totatilad de sus miembros.

La piel le ardía, le picaba, le escocía.

Su desesperación le llevaba a rascarse de manera compulsiva hasta convertir la erupcion en una llaga abierta.

Exasperado, tomó entre los deformes muñones que fueron dedos, uno de los colgajos de piel que se mantenían precariamente sujetos a su muñeca. Estiró.

Afortunadamente, las costras que cubrían sus oídos le impidieron escuchar el sonido viscoso de la dermis desprendiéndose de la musculatura. Con los ojos velados por la inflamación de los párpados, tampoco vio el terrible aspecto de la masa de hilos sangrantes que quedó al descubierto, ni la necrosis que los ennegrecía.

No era suficiente.
Aún picaba. Aún escocía.

A tientas, hurgando entre las fibras y tendones, aferró una buena porción de éstos y tiro con fuerza arrancando, con sus aullidos y terminaciones nerviosas, toda aquella masa en putrefacción, arrojándola al suelo donde aún palpitó unos minutos junto a las vísceras

que se derramaban rebosando el esqueleto descarnado.

Fue un alivio efímero.

Enseguida constató que ya no ardía, ni picaba, ni escocía.
No dolía, pero él ya no era nada.

Capítulo 42

- ¿Ves lo que te decía? Ahí está. Cada vez que pongo música aparece "casualmente" en el balcón con cualquier excusa absurda, como buscar nada en el armario, o mover la bombona de butano para dejarla en el mismo sitio.

- No se lo puedo reprochar, ¿tú te has visto? Eres preciosa.

- Bobo... Voy a decirte algo. Jo... no se cómo te lo vas a tomar...

- Venga, suéltalo.

- Vale... Lo cierto es que en alguna ocasión he sido un poco...traviesa. La verdad, me gusta sentirme deseada y reconozco que a veces, consciente de que él estaría rondando la ventana, he paseado por la casa apenas cubierta por una camiseta, o una de tus camisas, dejando que pudiese adivinar mi cuerpo bajo la tela.

- Joder...

- Cariño, lo siento. Yo te quiero...

- No, no es eso, tranquila.Vaya, me da un poco de vergüenza...

- ¿Te excita?

- Sí... Por un momento te he imaginado así, expuesta a

su mirada y su lascivia, y mi pulso se ha acelerado.

- ¿Sabes?

- Dime.

- A mi me excita que me mire. No es por él, no me atrae en absoluto. Jamás dejaría que me tocase y , sin embargo... Ya, ya se que no es decente, y también soy consciente del peligro que entraña. Al fin y al cabo, no son más de diez o doce metros de calle lo que nos separan, para bien o para mal, pero no puedo evitar humedecerme al saberme observada de esa manera.

.....

Conozco esa expresión, cariño. ¿ Qué se te está pasando por la cabeza?

- Pues...pensaba en lo excitante que sería...ser el mirón de tu mirón. Ver sus reacciones, las tuyas...

- ¿ Te gustaría?

- Mucho.

- ¿Lo quieres?

- Sí...

- Estás loco.

- Puede.

- Y yo.

Capítulo 43

Me encantaba que me mirase. En realidad, siendo riguroso con el lenguaje, lo que me gustaba era cómo lo hacía.

Sonriente, tomaba mi mano y, como si en aquel momento el contacto con mi piel le sumiese en algún tipo de extraño trance, sus ojos se entrecerraban dejando tan sólo abierta una mínima rendija entre los párpados, por donde yo podía apreciar la dilatación de sus pupilas, y un brillo intenso que, naciendo en éstas, desembocaba entre mis dedos en un torrente de cosquillas.

Yo me preguntaba qué veía, a quién; de qué manera tamizaba su mente las imágenes que recibía a través de sus rendijas.

Un día, mientras ella miraba, me desnudé, y haciendo palanca entre sus párpados, introduje primero una pierna, y la otra, y después el torso, los brazos, la cabeza; y sentado en el borde de su mirada, aguanté la respiración, cerré los ojos y salté hacia el brillo de sus niñas.

No daba crédito. En un primer momento tuve una sensación incómoda, como de vértigo. De repente me encontré inmerso en lo que no sabría definir sino como un estrambótico caleidoscopio donde figuras, colores, recuerdos y sentimientos, danzaban a li alrededor frenéticos.

Fue entonces cuando, sentado en el centro de aquella espiral de psicodelia cromática y poliédrica, libre ya de mi mareo, lo entendí.

Entendí su brillo y su sonrisa. Entendí que su mundo era de color rosa, y azul, y verde; y del color de todos los colores y la forma de todas las formas.

Y la envidié.

Y cuando regresé de su mundo interior, abrumado por el peso de la viga en el ojo propio compré, pagando a crédito, un cubo enorme de pintura blanca.

Capítulo 44Una vez leí que la mayoría de la gente sostiene que la Fe consiste en creer en lo que no ves, en hacerlo a ciegas, y que sin embargo, cabría interpretarla como la confianza en lo que sí se ve.

Bien...

Es precisamente ver; lo que veo, lo que me hace descreído.
Es ver, precisamente, y lo que veo, lo que resquebraja mi Fe.

" El hombre necesita oscuridad para ansiar la luz".

Yo no se si fui, ni cuándo; si supe ni si sabría ser, pero se que no soy .

No soy ese hombre.

Yo siempre ansié la luz incluso harto.

Siempre la ansié, la ansío, siempre, abrigado por el sol, el mío, aunque me arrope desde la sombra que proyecta sobre mis sábanas.

Si vienes, luz, me encuentras. Si te vas...

Capítulo 45

Eran tan bonitas... hacían una estampa preciosa.

Las tres juntas, siempre de la mano, eran el alma de cualquier reunión. Su mera presencia constituía una fiesta. Todo el mundo las quería cerca.

Eran siempre bien consideradas, siempre bienvenidas y siempre añoradas si algún " puerta " desaprensivo las dejaba fuera del local.

No tenían doblez, ni malicia. Eran buenas por naturaleza; Claras, inocentes, y también, por ello, susceptibles de abuso, vulnerables a las malas compañías.

Y fue así, que sucedió lo que suele.

Toparon, las pobres, con el típico malote con buena planta y amarres fuertes. Un seductor nato, un trilero. Y además un cabrón interesado.

Sibilino, fue ensuciando su pureza, quebrando su unidad, que era lo que las daba su fuerza. Cortejándolas por separado, las manipulaba y moldeaba con la única razón de su antojo, vendiéndolas humo, motos y singularidad engañosa.

Ellas comenzaron a mirarse de reojo, a soltarse las manos y vagar de un lado para otro dejándose follar en cualquier rincón, y de cualquier manera.

Ya no eran inocentes. Ya no eran bellas. Ya no eran, por sí mismas, una fiesta.

Libertad, ética y empatía perdieron sus mayúsculas, su

brillo y el sentido, y acabaron separadas, cada una en una esquina, como las putas de Egoísmo, ese vocablo malote y sonoro, atildado y con una ge que tiene su punto.

Acabaron, sí, como palabras simples, vacías; prostituídas y vendidas al mejor postor, que casi siempre resulta ser uno/o mismo/a.

Capítulo 46Érase una vez, dos, tres; siempre.
Érase otra vez.

Érase como fue, como es, un fantasma fascinante que no quería que le vieran; que sin querer manifestarse se escondía por lo oscuro de los rincones sin darse, ni querer tener en cuenta ,que sacudiendo con saña alegre bolas y cadenas, le delataba la escandalera.

Érase una vez, dos, tres; siempre.
Érase la misma mierda.

Érase una vez, otra vez.

Érase por la sombra. Como era.

Capítulo 47En su juventud, José María, hoy Don José, era un hombre de carácter disoluto, soberbio, mal bebedir, jugador y pendenciero. Su aspecto, sin embargo, resultaba más que agradable. Elegante, atlético y agraciado con un rostro varonil de mentón cuadrado, ojos vivos y largo cabello negro, sabía cómo rendir la voluntad de cualquier mujer sobre la que se posaran sus apetencias.

Éstas fueron a dar, y no las más elevadas, en la figura de Catalina; una jovencita no tan casta pero aún pura, de gracioso talle y sonrisa llena de pájaros, de la que se encaprichó, que nadie habló de prendarse salvo como estrategia, viéndola cortejada por otros hombres, en su opinión, de menor valía y calidad que su persona.

Desplegó todo su arte. Estudió a su presa. Regaló flores, ilusiones, humo, palabras y letras, hasta que una mañana de otoño , José María al fin pudo poseerla, sinronizándose después las pérdidas de la firmeza de su miembro en la calidez de su vulva, y del interés por el que había sido hasta el momento el objeto de su antojo, tornándose, sin que le valieran sentimientos ni lamentos, nuestra Catalina, una muesca más en su culata. Deshechada.

Ocurrió, cuando el abultamiento del vientre de la joven evidenció la consecuencia del abuso, que su padre, furioso, se presentó en la hacienda de José María armado con una vieja pistola y, dispuesto a lavar con sangre la afrenta, disparó; mas al ser hombre de campo y no estar habituado al uso de las armas, erró el tiro, yendo el plomo a incrustarse en el tronco de un viejo sicómoro.

La edad fue atemperando el carácter de José María.

Biencasó, asumió la administración de la hacienda cuando murió su padre y, con el transcurrir de los años, se le empezó a tratar de "Don".

Sin embargo, pese al tiempo transcurrido, o quizá por ello, la imagen del viejo sicómoro, omnímodo bajo sus ventanas, incomodaba a su reciente conciencia. Decidió, pues, arrancarlo con sus propias manos; mas las raíces eran profundas, y el tronco tan grueso que pensó que, por ahorrarse trabajos, lo más eficiente sería volarlo.

Poco más tarde, alertados por la explosión, los hijos de Don José María Rodrigues Hernando le encontraron tendido sobre la hierba, yerto, rodeado de restos astillados del otrora frondoso árbol, y con el corazón atravesado por la bala que, aun después de treinta años, llevaba su nombre.

Capítulo 48

Hay cariños, y amores, a los que se ahorca en fila con la soga de una libertad libertina, puestos a secar, colgajos colgando de azulejos de barro alicatando, hasta el suelo, un pecho esrropeado.

Hay cariños, y amores, pesados como yunque, y que son martillo que golpea. Que juegan, pero sin reglas; que les vale todo, que valen... a la izquierda.

Cariños engañosos, y cariños engañados.
Cariños que depredan, y cariños depredados.

Cariños garrapiñados, cariños queriendo oler a flores, y escondiendo sus gusanos.

Cariños, y también amores, cubiertos de orín y estiércol, boqueando; chapoteando en fango.

Cariños que...

Cariños, amores, que no hace falta, va, iros un poquito a tomar... os algo; y no me queráis tanto.
A vosotros, cariños, os da igual, os la pela, sois libres; pero duele.

No hacía falta.

Capítulo 49

No se debe regar con agua mezclada con sal, un jardín con flores; ni es del todo aconsejable tratar de apagar un fuego escupiéndole vasitos de combustible.

En cualquiera de los dos casos, estarás meándote fuera del tiesto.

Si aun así, por lo que fuera, y sin querer quieriendo, el jardín ya lo pelaste; con lo segundo, además, acabarás por quemarte.

Morajeja tonta, tontísima, y a vuelapluma:

Si no quieres jugar, no juegues.
Si no quieres jugar, no enredes.
Si no quieres jugar, no te la juegues.

Capítulo 50

¿Sabéis? Yo conocí a don Quijote. Era de mi pueblo.

No, no estoy loco, no más que ayer al menos; y estáis muy equivocados: ni adarga antigua ni nueva, ni rocín flaco ni galgo. Don Quijote, mi paisano, se movía a pie y muy rápido, con zancadas largas al final de su pantalón de pinzas y lo propio yéndosele desde el otro extremo tras las voces que le gritaban dentro, y le animaban, no siempre amables, a conducirse por la vida ora declamando, ora despejando la incógnita de todas las paredes aplicándo capa sobre capa de fórmulas físicas, matemáticas, e imposibles, con su eterno trozo de tiza blanca.

Lloviendo a mares o bajo la solana, mi Quijote, con la barba crecida y los ojos extraviados, deshilaba sus razones de fachada en fachada, protegido de los cuerdos dentro de su campana de aislamiento, construída con risas crueles e improperios.

Cuando tuve edad y uso de razón suficientes para más que descojonarme del mundo, me dio por indagar.

Aquel pirado resultó ser una eminencia que había enloquecido, sostenían los cuerdos, poseído por su sed de conocimiento. Enfermó de saber, y terminó con nota, que yo sepa, al menos tres carreras universitarias.

Obviamente, cabría decir que aquel joven padecía esquizofrenia; perfectamente diagnosticada y bastante peor tratada.

Cabría, está claro. Sería mucho más exacto, mucho

más correcto, mucho más ajustado a la realidad.

Yo prefiero decir que conocí a Don Quijote, y que era de mi pueblo; porque la realidad, algunas veces, muchas, demasiadas, no deja de ser una puta mierda.

Capítulo 51

Mahumorado, desenrolló la manga de su camisa para cubrir de nuevo el antebrazo. Aquella mañana, pese a que el verano se retiraba ya, discreto, a descansar donde lo hagan los veranos, el bochorno resultaba asfixiante.Nunca fue melindroso, sin embargo, aun en soledad rara vez se despojaba de las prendas, siempre de manga larga,con las que cubriera su torso. Contra lo que era su costumbre, se había remangado dejando al descubierto sus brazos nervudos, curtidos por los años.

Durante un momento, su mirada se perdió al final de la calle por la que paseaban, y su mente le fue detrás, hasta un tiempo en que ni edad ni vida le habían mellado aún.

Disfrutó una infancia sin sobresaltos, normal, feliz hasta que un día comenzaron a sonar pomposas melodías y discursos que , como si del canto de las sirenas se tratasen, congregaban a los adultos en torno a una vieja radio.

Poco tiempo después,el tío Blas se marchó del pueblo. Debía ir muy lejos porque madre lloraba eldía que le despedimos junto al tren como si nunca más fuese a verlo.

Tras el verano, padre también se fue; y Julián, el pastor,y el tendero, el afilador, los arrieros...

Una mañana, madre, muy seria y muy callada, preparó un petate con ropa limpia y le acompañó a la estación apretándole mucho la mano mientras caminaban.

Él supuso que iba al mismo sitio desde donde padre enviaba las cartas queellaleía encerrada ensu alcoba pero, donque quiera que estuviese aquel lugar, no fue donde le llevaron.

Primero viajó en tren, luego mucho tiempo en barco y ,después, en coche hasta llegar a un pueblo como el suyo pero en otro lado.

Allí también fue feliz durante un tiempo, hasta que volvieron los sobresaltos y a sonar en la radio, aunque en otra lengua, las mismas melodías y discursos exaltados.

" Abuelo... ¿Me perdonas?

Le costó varios segundos regresar desde tan lejos.

No le gustaba nada que le preguntaran por aquel tatuaje que nunca enseñaba. Ejecutado de manera muy tosca, emborronado por el tiempo y su cuchilla de afeitar, la numeracíon que lo conformaba ya no se distinguía con facilidad.

La miró suavizando el gesto y la estrechó contra sí con fuerza.

" Claro, pequeña. Ya pasó..."